

Presente continuo

Aniquilación y rescate del tiempo presente

Alfredo Marcos
Universidad de Valladolid
amarcos@uva.es

1. Introducción

Tantas veces he encontrado hondura y luz en los escritos de Jesús Conill, claridad y rigor filosófico a partes iguales, alegría y calidez en su persona, que hoy no sé por dónde empezar esta conversación de gratitudes. A falta de mejor criterio, echaré mano de la más elemental de las lógicas. Comenzaré, pues, por el principio. Y en el principio fue el tiempo y fue Aristóteles. La tesis doctoral de Jesús frecuentaba ya estos pagos (Conill, 1978). Poco después nos dejó sobre la mesa esta pregunta: ¿Hay tiempo sin alma? (1979). ¿Habrá, en efecto, un tiempo desalmado? Y nos abrió inmediatamente el camino hacia una respuesta. La historia de la filosofía del tiempo puede esquematizarse en dos grandes líneas: “1) los que conciben la realidad del tiempo dependiendo del movimiento, y 2) los que lo sitúan en el alma o en el sujeto” (1979, 196). Ahora bien, “el tiempo entraña –según Aristóteles- la relación de la realidad física del movimiento con la realidad física del alma y sus actividades. El tiempo es, pues, relativo al movimiento y al alma” (1979, 196-197).

Para que haya tiempo el movimiento ha de estar en relación con el alma y viceversa, luego han de estar presentes el uno al otro. Se podría decir, entonces, que todo tiempo es tiempo presente, que incluso lo que llamamos pasado y lo que llamamos futuro han de estar -ya se verá de qué modo- en el presente. Es crucial aquí la expresión por la que opta Conill: “realidad física”, tanto del movimiento como del alma. Valga saber que, según Xavier Zubiri, “físico es el vocablo originario y antiguo para designar algo que no es meramente conceptivo sino real” (1980, 22). Y el mismo autor, apenas un par de líneas más arriba, relacionaba ya la intelección, como relación del alma con el resto de la realidad, con la presencia y con el tiempo presente: “En la intelección me «está» presente algo de lo que yo «estoy» dándome cuenta” (1980, 22).

Desde esta perspectiva se puede hablar con toda paz de la realidad física no solo del movimiento, sino también del alma. Y lo contrario de lo físico aquí es lo abstracto. Cuando la realidad física del movimiento y la realidad física del alma quedan reemplazadas por una abstracción, cuando el movimiento numerado y el alma que numera son sustituidos por el mero número, entonces el presente desaparece, pues no hay más presencia que la presencia física. La

imagen degradada del tiempo es la de un instante presente infinitamente inane, comprimido entre los bloques del pasado y el futuro, un presente sin espesor, un simple punto adimensional, un filo sobre el cual nadie ni nada puede durar ni vivir.

Podría decirse que la anulación del presente no es un fenómeno reciente, ni siquiera propiamente filosófico. Ahí está la vieja iconografía del tiempo para testimoniarlo (Panofsky 1998). El dios Jano tiene dos caras, no tres, mirando una al pasado y otra al futuro. ¿Qué se hizo del presente aquí? Y la ocasión (*kairós*) la pintan calva y fugaz. Pero el propio Jano ha de ser observado desde un tiempo presente, el tiempo de quien contempla, por ejemplo, su representación en el famoso cuadro de Nicolas Poussin (*Danza alla musica del Tempo*, 1635). Y la ocasión solo puede ser atrapada por quien pacientemente se halle apostado y a la espera, desde un presente con duración.

Quiero explorar en lo que sigue las causas y los efectos de la aniquilación del presente a la que hoy -precisamente hoy- asistimos. Los efectos de la anulación del presente resultan, como intentaré mostrar, sumamente negativos para la vida humana. En consecuencia, será casi una obligación filosófica intentar un rescate del tiempo presente. Entiendo que las líneas marcadas por Jesús Conill, muy en la senda aristotélica, resultan prometedoras para esta tarea, como sostendré en la última fase de este escrito.

2. La aniquilación del tiempo presente: una mirada a sus causas

Hans Jonas, en *El principio vida* (2000, 296-300), incluye una sección titulada “Temporalidad sin presente”. Motiva esta idea partiendo de un fragmento valentiniano en el cual se expresa la esencia de la sabiduría gnóstica. Basta un par de pinceladas para darse cuenta de que el presente es visto como el momento culminante de la servidumbre. Se mira, en cambio, al pasado con añoranza y al futuro con esperanza, como momentos, ambos, de liberación y plenitud. Esta tensión desvirtúa, desvaloriza, por completo el presente: “Lo que nos hace libres es el conocimiento de quiénes éramos y en qué nos hemos convertido; de dónde estábamos y a dónde hemos sido arrojados; de a dónde nos apresuramos a llegar” (cit. en Jonas 2000, 296). Éramos y seremos libres, aunque de momento nos hallemos arrojados a la servidumbre cósmica. El presente de los gnósticos queda así asociado a una forma tenue de ser, a un casi no-ser del cual hay que apresurarse a salir. Hay que escapar inmediatamente (¡o antes!) del presente: “La vida se arroja a sí misma hacia el futuro” (Jonas 2000, 297).

Esta sensación de que ya llegamos tarde a donde quiera que sea, de que ya desde nuestra desgraciada eyección al mundo estamos en deuda y demora, ha sido llevada en nuestros días al

paroxismo. Vivimos, al parecer, en el proyecto (es decir, lanzados siempre hacia adelante) y abocados al *deadline*. Y no me refiero aquí a ningún abstruso concepto filosófico, sino a la cotidianeidad de cualquier centro de trabajo. No es que seamos nosotros los herederos directos de los gnósticos. Semejante estrechamiento del presente ha llegado a nuestras vidas a través de filosofías más recientes, aunque, según Jonas, no carentes de resonancias gnósticas.

Por supuesto, el “estar arrojados” conecta de modo inmediato en la mente de Jonas con el *Ser y tiempo* de Martin Heidegger (y en la nuestra enlazan de modo natural el *deadline* con el *ser para la muerte*). Solo que los gnósticos, en su dualismo, sabían, al menos, desde dónde hemos sido arrojados, cosa que ignora el existencialista contemporáneo. En lo que coinciden los antiguos gnósticos y los actuales existencialistas es en la reducción a casi nada del presente. Como observa Jonas (2000, 297-298), “tan pronto intentemos clasificar las categorías heideggerianas del ser ahí bajo estos tres rótulos [pasado, presente, futuro] haremos un llamativo descubrimiento [...] la columna situada bajo el rótulo ‘presente’ queda prácticamente vacía [...] El instante, no la duración, es el modo temporal de este ‘presente’ [...], mostrándolo así como un modo derivado y defectuoso de la existencia”.

Jonas apunta, de modo tan sintético como certero, hacia las raíces profundas de nuestra carencia de presente. El existencialismo pierde el presente porque descarga la naturaleza (*physis*) de todo peso ontológico, la vacía de orden y designio. “Ninguna filosofía se ha preocupado tan poco de ella como el existencialismo” (2000, 299). Con lo cual la *theoria* se desvirtúa, la contemplación pasa a ser mera curiosidad. No hay nada realmente, físicamente, presente ante el alma, ningún movimiento que numerar. Si de algún horizonte se puede esperar entonces la llegada del valor es del futuro, del proyecto. Vivimos, así, en la época del llamado progresismo, en la cual la normatividad viaja a nosotros desde el futuro.

La otra causa, complementaria y simétrica, de la pérdida del presente está en la desaparición del alma, en la objetivación absoluta de la naturaleza, con la consiguiente *especialización* o paralización del tiempo. Aquí la realidad física del movimiento no tiene nadie ante quien presentarse. Como sugería el texto ya citado de Jesús Conill, si falta una de las dos, la realidad física del movimiento o la realidad física del alma, falta el presente, que se reduce a punto, a filo, a crisis, a nada. Según Sixto Castro, primero en la recepción de Aristóteles y después en la ciencia moderna, se ha producido una reducción del movimiento a movimiento local y, con ello, una reducción del “tiempo a medida exclusivamente del movimiento local, concretamente al número de un cambio de posiciones en el espacio” (Castro 2002, 319). No obstante, una reducción tal del concepto de tiempo no deriva directamente de la propia ciencia, sino de una

lectura científicista de esta. La huida hacia el futuro se produce ahora por una mala interpretación de la predicción científica, que no habla, en realidad, en tiempo futuro, sino en modo condicional. Es decir, la ciencia produce modelos que resultan útiles siempre que se preserven unas ciertas condiciones de regularidad que, por otra parte, no están a priori garantizadas. Pero si pensamos que la predicción científica nos ofrece una visión segura y cierta del futuro, entonces estaremos tentados a organizar nuestra vida en función de este.

Las dos vías conducen al mismo punto. La vía existencialista degrada la naturaleza. Nada digno de contemplación se *hace presente* ante el sujeto. El valor de su vida, si es que tiene alguno, viene de lo que proyecta, no de lo que es. En la otra vía, desaparece el sujeto y la naturaleza no tiene ante quien *hacerse presente*. De nuevo, el presente de la contemplación es reemplazado, esta vez por el futuro de la predicción, o bien –indiferentemente– por el pasado de la retrodicción.

3. La aniquilación del tiempo presente: una mirada a sus consecuencias

No se puede vivir bien sobre el filo de una navaja, en un simple límite donde el pasado y el futuro fugazmente se encuentran. Este presente cero, sin espesor, sin duración, ausente, no resulta el mejor hogar para el florecimiento de una vida propiamente humana. De hecho, algunas de las patologías propias de nuestra época podrían ser descritas como consecuencias de la falta de presente. La estabilidad vital la buscamos entonces en alguno de los dos perfiles del tiempo que quedan disponibles. Nos volcamos hacia un futuro al que ya llegamos siempre tarde, como el conejo blanco en el cuento de Alicia, con la consiguiente sensación de angustia y de ansiedad. Esto es lo más común. Pero no faltan entre nosotros los que desesperadamente deciden poner su objetivo en el pasado. Cualquier intento –lo sabemos– de regreso al pasado está condenado al fracaso, también cualquier pretensión de cambiar lo ya ocurrido. La energía vital desperdiciada en estas tareas no puede sino conducir a la melancolía, a la depresión. Ansiedad futurista, depresión retrospectiva. ¿Nos extraña aun que la moda *mindfulness* se venda hoy como presunta tabla de salvación?

En los últimos años, la huida del presente ha alcanzado cotas de virtuosismo: los mismos que nos muestran su imagen del futuro como un destino inapelable, se esfuerzan con denuedo en transformar el pasado. De este modo, uno puede colocarse como visionario en la vanguardia del progreso y, al mismo tiempo, dedicarse a derribar estatuas con la extravagante intención de transformar el pasado. Conocen los terapeutas que la ansiedad y la depresión pueden darse a la

vez en el mismo paciente, y pueden ser tratadas con los mismos medicamentos. Quizá también puedan ser filosóficamente combatidas con la misma receta: una mayor dosis de presente.

Las consecuencias del presente/ausente van más allá de la psicopatología contemporánea. Alcanzan también el ámbito sociopolítico en un modo que ya ha quedado insinuado más arriba, y que paso a detallar ahora. Ello es debido a que la imagen más socorrida del tiempo es aquella que lo asimila a una dimensión espacial (previamente fraccionada hasta el infinito en puntos adimensionales). Pensamos, así, el tiempo como una línea. La posición del sujeto sobre la línea marca el instante/punto presente, el futuro está al frente y a la vista, mientras que el pasado queda a nuestra espalda –“la negra espalda y abismo del tiempo”, escribió Shakespeare-. La imagen es tan elemental como potente...y falaz. Nadie quiere quedarse parado o retroceder cuando ha emprendido camino hacia una meta. La *visión* del futuro se nos impone, pues, como *misión*. Debemos avanzar hacia ese futuro que algunos afirman tener a la vista. Es decir, será bueno todo aquello que tienda hacia ese futuro que vemos, y malo lo que nos paralice o haga retroceder. Quien controla la imagen del futuro controla también lo que se entiende por bueno y malo. Quien sea capaz de proclamar con mayor convicción hacia dónde vamos, será también quien nos diga hacia dónde *debemos* ir. Lo más común ha sido pintar el supuesto futuro con colores de utopía. El advenimiento de la misma se convierte entonces en una especie de obligación moral.

El problema es que no podemos trabajar con una imagen tan pobre y errónea del tiempo. Para empezar, un futuro que esté ahí delante, a la vista, es un futuro que pretende sustituir al presente, previamente aniquilado, al menos ante una vanguardia de visionarios. Y un futuro/presente es una extraña contradicción, como ya demostró Karl Popper al hilo de su crítica al historicismo (Popper 1957). Es un futuro desposeído de toda su *futureidad*. Ya es grave que esta concepción del tiempo haya sido tomada como brújula y guía de nuestra vida social y política. Pero todo es susceptible de empeorar: una *new age largoplacista* asoma ya por Oxford. Intentemos ponernos a salvo.

4. Al rescate del presente

Comencemos con una cita de Julián Marías: “La ilusión –nos dice el discípulo de Ortega- radica en esa dimensión de la vida humana que he explorado a fondo en la antropología metafísica: su condición futuriza, es decir, el hecho de que, siendo real y por tanto presente, actual, está proyectada hacia el futuro, intrínsecamente referida a él en la forma de la anticipación y la proyección. Esto, claro es, introduce una ‘irrealidad’ en la realidad humana, como parte

integrante de ella, y hace que la imaginación sea el ámbito dentro del cual la vida humana es posible. Si el hombre fuese solamente un ser perceptivo, atendido a realidades presentes, no podría tener más que una vida reactiva, en modo alguno proyectiva [...] Pero el futuro no es real; no es, sino que será; y habría que agregar: acaso” (Marías 1984, 38).

Marías siente la pulsión existencialista de su época, esa tentación de volcar la vida humana completamente hacia el futuro, pero se contiene. Hace un par de afirmaciones que en este contexto son cruciales. Por un lado equipara lo real con lo presente, con lo actual; por otro, resta realidad al futuro. Mas, siendo la “condición futuriza” tan importante para la vida humana, según sostiene Marías, algún tipo de realidad habrá que conceder al futuro. Hemos de abrirle siquiera un huequecito en aquello que es máximamente real, real por antonomasia, el presente, el acto. Efectivamente, los futuros –no el futuro- se esconden en el presente, en el acto, como espacios de posibilidad. Esta es la clase de realidad que el horizonte futuro del tiempo posee. Por ello, la aniquilación del presente, la conversión del mismo en simple instante, arrastra consigo cualquier resto de realidad que podamos otorgar al futuro. Por la misma razón resulta desesperado el intento de reemplazar el presente anonadado por un futuro supuestamente vislumbrado. *Mutatis mutandis*, lo mismo se podría decir del pasado, que reside como huella y memoria en el presente. *Sati* –nos informa Wikipedia-, llaman los budistas a una cierta “memoria del presente”. Pero si esta memoria se emplea para la meditación, será más bien una memoria *en* el presente; como toda memoria, por lo demás.

Por otra parte, en la lengua de los Aimaras (Núñez y Sweetserb, 2006), también se utilizan metáforas espaciales para hablar del tiempo, pero, a diferencia de lo que sucede en las lenguas indoeuropeas, el futuro queda a la espalda y el pasado delante, pues vemos lo pasado, pero no lo que todavía no ha ocurrido. Incluso el lenguaje corporal de los nativos Aimaras es consistente aun con esta orientación, señalan hacia atrás para hablar del futuro. Sin embargo, esta forma de poner las cosas no hace justicia al hecho de que vivimos *hacia* el futuro, nos *proyectamos* hacia él, no hacia el pasado. Cuando hablamos del tiempo con la imagen espacial de la línea siempre cometemos alguna injusticia. Se debe al dato biológico, corporal, de que normalmente avanzamos en el espacio hacia el mismo lugar al que miramos. Un lugar, recuérdese, que *ya* está presente. Sucede así con nuestra marcha en el espacio, pero no en el tiempo. En el tiempo, el futuro no está actualmente presente.

Intentemos, pues, otro juego de metáforas para el tiempo, una constelación léxica que devuelva espesor al presente. Podríamos, por ejemplo, imaginar el tiempo como una serie de círculos concéntricos, el mayor de los cuales es el presente, que en su interior contiene los círculos del

pasado, a modo de huella y memoria. En esta imagen, el futuro ni está actualmente en parte alguna ni se ve, sino que se hace. Hay que hacerlo. Y puede ser hecho con un cierto margen de libertad. La naturaleza y el ser humano están constantemente haciendo el futuro. Hay que crearlo, producirlo, generarlo, *actualizarlo*. Algo así le sucede al compositor musical, que retiene en el presente la suma integrada de los compases ya escritos, pero aun tiene que crear el próximo, que no está todavía en lugar alguno, ni viene predeterminado, aunque sí condicionado, por los anteriores. La realidad actual entraña espacios de posibilidad, está abierta a innumerables futuros posibles, que vendrán o no al presente en función de nuestras acciones y de la dinámica natural.

Es esta una imagen que armoniza bien, por otro lado, con la cosmología actual. Nuestro horizonte presente contiene, por ejemplo, la huella térmica de una explosión inicial, así como la luz emitida por las estrellas en el pasado. Lo que no contiene en acto es el futuro del cosmos, que está aun por hacer.

Nuestra posición en el tiempo ahora cambia. Lo que tenemos a la vista es el pasado *en* el presente, de él aprendemos para decidir y construir un futuro que está abierto, que está aun por actualizar y que ha de ser libremente hecho. Por decirlo de otro modo, vemos el pasado, pero no podemos regresar a él. No vemos el futuro, pero tenemos que hacerlo para poder habitarlo algún día como presente. El pescador en su barca toma los remos con las manos y boga mirando a popa. Más que un carril a seguir, tiene a proa una estela que inventar. Los ojos son nuestro nexo con el pasado, las manos con el futuro, valga la metáfora.

En suma, nos proyectamos hacia el futuro, sí, pero a la vista tenemos solo el presente, que contiene tanto huellas como espacios de posibilidad. Con la información que este nos da tenemos que apañarnos para ir construyendo un camino, de entre los muchos posibles, al mismo tiempo que caminamos por él. “Se hace camino al andar”. Esta quizá sea la mejor imagen de la posición del ser humano en el tiempo. La línea biográfica e histórica a través de los círculos concéntricos del tiempo la vamos trazando nosotros, no está predeterminada, como sucedía en la vieja imagen del tiempo. Podemos salir del círculo del presente hacia otro presente, *hacia más presente*, por cualquiera de los infinitos radios del mismo. Ninguna acción humana puede ya ser medida por su proximidad a un futuro tecnológico o cultural supuestamente visto por algunos, sino por su aptitud para abrir espacios de posibilidad. Las acciones humanas han de ser evaluadas por su respeto a la vida natural y humana, al florecimiento de la misma en un universo abierto.

Soy consciente de que al hablar en términos de potencia (espacios de posibilidad) y de acto, se puede temer de nuevo la degradación del presente en instante. Sucedería así siempre que asociásemos a la noción de acto la de instantaneidad. Por eso resulta tan necesaria aquí la aclaración que hace ya el propio Aristóteles. Este nos habla de actos con duración, que se extienden en el tiempo presente: “No todas las cosas -afirma Aristóteles en *Metafísica*, 1048b 5-34- se dan en acto del mismo modo [...] así, por ejemplo, uno sigue viendo <cuando ya ha visto>, y medita <cuando ya ha meditado>, y piensa cuando ya ha pensado, pero no sigue aprendiendo cuando ya ha aprendido, no sigue sanando cuando ya ha sanado. Uno sigue viviendo bien cuando ya ha vivido bien y sigue sintiéndose feliz cuando ya se ha sentido feliz [...] Pues bien, de ellos los unos han de denominarse movimientos, los otros actos. Y es que todo movimiento es imperfecto. En efecto, no se va a un sitio cuando ya se ha ido a él [...] Por el contrario, uno mismo ha visto y sigue viendo, piensa y ha pensado. A esto lo llamo yo acto y a lo otro movimiento” (Aristóteles 1994, 377). Hay actos, pues, que duran en el tiempo, que generan un presente nada fugaz, un presente dotado de espesor, de estabilidad. Y son, nada menos, que los actos de ver, meditar, pensar, vivir y vivir bien, ser feliz. Un tiempo sin presente, como el que denuncia Jonas, resultará, pues, un sinvivir refractario a la felicidad humana y a la contemplación, abocado tal vez a la melancolía, tal vez a la angustia, o quizás a ambas. Un tiempo desalmado.

Muy revelador resulta que, en el mismo fragmento, el pensador griego nos hable del infinito. Como es sabido, en Aristóteles tenemos dos tipos de infinitos, uno por adición y otro por división. Aquí alude al segundo y a su modo de ser en potencia: “El infinito –apunta en 1048b 15- no está en potencia en el sentido en que vaya a ser capaz ulteriormente de existencia actual separada, sino en el conocimiento. En efecto, el que la división no llegue a término comporta que tal acto exista potencialmente y no, al contrario, que exista separado” (1994, 376). Lo cual podría interpretarse así: el tiempo es divisible al infinito, pero no está dividido en acto. Nunca estará infinitamente dividido en acto “separado”, es decir, físicamente, sino solo “en el conocimiento”. Esta interpretación concuerda perfectamente con la solución clásica que Aristóteles aporta a las paradojas de Zenón. Se dan estas por una confusión entre un espacio potencialmente divisible al infinito y un espacio físicamente dividido en acto. La misma respuesta sugiere el texto que acabamos de citar, pero ahora respecto al tiempo. No hay un tiempo físicamente dividido al infinito, aunque podamos construir como abstracción un tiempo así. De este modo, el presente como punto, como filo, como instante, como nada, ha de ser

tenido por abstracto. Procede de una operación del conocimiento (*logikós*), no tiene una realidad separada (*physikós*).

Heidegger (1951) expone con lucidez cómo, por abstracción, se va convirtiendo el lugar vivido en espacio geométrico. Algo análogo sugiero aquí respecto al tiempo. Del mismo modo en que abstraemos el espacio geométrico a partir del lugar físico que habitamos, por abstracción ideamos un tiempo aritmético, infinitamente dividido, compuesto de instantes nulos, a partir de la duración en la que vivimos. No es aun grave, incluso resulta útil para muy diversos fines. Lo grave es cancelar el lugar, la duración, la vida en fin, y reemplazarlo todo por abstracciones, cambiar el tiempo presente por prácticamente nada.

5. Resumen conclusivo y motivación

Jonas denuncia la degradación del presente en la actual concepción del tiempo. Hemos visto someramente cuáles son las causas y las consecuencias de ello. También, con el apoyo de algunos fragmentos de Jesús Conill sobre Aristóteles y de otros del propio pensador griego, hemos sugerido algunas líneas para rescatar el tiempo presente. Propongo, en suma, nuevas metáforas para decir el tiempo y un concepto de acto compatible con la duración de la vida. Con esto podríamos dar por concluido el texto. Pero no me quedaría tranquilo si no anotase la motivación profunda de este escrito, la cual tiene que ver con un tema también muy querido y tratado por Jesús Conill, el de la dignidad humana. La intuición de fondo que mueve estas líneas es la siguiente. Cada persona, cada ser humano, tiene un valor absoluto que llamamos dignidad. Por lo tanto, basta la presencia de una sola persona, ya desde el momento de su concepción, para que todo el universo tenga *ya* sentido. Dicho de otro modo, el sentido no viene del futuro, está ya presente entre nosotros, en cada uno de nosotros, ya en cada niño que nace. Con Robert Spaemann (2003), diremos que la dignidad se encuentra al principio, desde que un ser humano viene al mundo, no es algo aun por producir, sino algo que respetar. En el respeto a la dignidad humana presente tenemos, pues, orientación suficiente para nuestra acción. La vida de cada persona constituye un presente continuo en el cual se encuentran e integran “la realidad física del movimiento con la realidad física del alma”.

6. Referencias bibliográficas

Aristóteles, 1994, *Metafísica*, Gredos, Madrid.

Castro, Sixto, 2002, *La trama del tiempo*, San Esteban Editorial, Salamanca.

Conill, Jesús, 1978, *El tiempo en la filosofía de Aristóteles*, Universidad de Valencia (tesis doctoral).

Conill, Jesús, 1979, ¿Hay tiempo sin alma?, *Pensamiento*, 35: 195-222.

Heidegger, Martin, 1951, “Construir, habitar, pensar” [una versión en español puede verse en: <http://www.geoacademia.cl/docente/mats/construir-habitar-pensar.pdf>].

Jonas, Hans, 2000, *El principio vida*, Trotta, Madrid.

Marías, Julián, 1984, *Breve tratado de la ilusión*, Alianza, Madrid.

Panofsky, Erwin, 1998, “El padre tiempo”, en *Estudios sobre iconología*, cap. 3, Alianza, Madrid.

Popper, Karl R., 1957, *The poverty of Historicism*, Routledge & Kegan Paul, Londres.

Spaemann, Robert, 2003, “Sobre el concepto de dignidad humana”, en R. Spaemann, *Límites*, Eiunsa, Madrid.

Zubiri, Xavier, 1980, *La inteligencia sentiente*, Alianza, Madrid.